

El Cuerpo y la Educación

DAVID LE BRETON¹

Profesor de la Universidad Marc Bloch de Estrasburgo

RESUMEN

El presente artículo plantea la idea de la educación como proceso permanentemente inacabado y mediatizado por el medio en que se produce. El proceso educativo es a la vez un proceso de socialización y de individuación, donde para que aparezca el aprendizaje original del sujeto se requiere de un tipo especial de docente, el *maestro de sentido*, capaz de conectar con la mente del que aprende, respetar sus intereses y posibilidades para integrarle en el medio que le rodea de una forma individual y crítica.

ABSTRACT

This article sets up the the idea that Education is a process permanently unfinished. Conditionned by the environment in which it takes place. The Education process is at the same time a socialization process and a individualization process in which, for the apprenticeship to appear, it is necessary one special kind of teacher: the «teacher of the sense». He is up to connect with the mind of the one who is learning to respect his own interests and possibilities, and to guide him into the world that surrounds him in a critical and individualistic way.

¹ David Le Breton es sociólogo, profesor en la Universidad Marc Bloch de Estrasburgo. Entre sus obras, destacan: *Du silence* (Metailie), *Anthropologie du corps et modernité* (PUF), *Des visages. Essai d'antrophologie* (Armand Colin), *L'Adieu au corps* (Metailie). En castellano, están traducidas y pueden consultarse: *Antropología del dolor* (Seix Barral) y *El silencio* (Sequitur).

Acerca del «inacabamiento» del hombre en la educación²

Las percepciones sensoriales, la sensación y la expresión de las emociones parecen la emanación de la intimidad más secreta del sujeto, aunque también estén modeladas social y culturalmente. Los gestos que alimentan y coloran su presencia no provienen de una fisiología pura y simple, ni de una única psicología, una y otra se superponen a una simbología corporal que les da sentido, se nutren de una cultura afectiva que cada sujeto vive a su manera. El ojo tiene el mismo funcionamiento orgánico pero lo que cada persona ve responde a las significaciones que ha aprendido y a su propia sensibilidad. Los sentimientos y las emociones no son estados absolutos, sustancias traspasables de un individuo y de un grupo a otro, no son, o no son sólo, procesos fisiológicos en los cuales el cuerpo encerraría el secreto. Son relaciones. A pesar de que el conjunto de los hombres del planeta dispone del mismo aparato fonatorio, no hablan la misma lengua; en la misma medida, aunque su estructura muscular y nerviosa es idéntica, ello no presagia en absoluto los usos culturales a los que da lugar. De una sociedad humana a otra, los hombres sienten afectivamente los acontecimientos de su existencia a través de distintos repertorios culturales que a veces se parecen pero que no son idénticos. Ven, oyen, degustan y tocan, *humean* el mundo de una forma radicalmente diferente según su pertenencia social y cultural. El niño tiene que aprender el mundo para encontrar su sitio y disfrutar de él³.

En su nacimiento y durante los primeros años de su existencia, el hombre es el más *desasistido* de los animales. A diferencia de ellos, que reciben de su herencia específica la suma de instintos necesarios para la supervivencia y para la adaptación al medio, la llegada al mundo de un niño es la de un organismo prematuro, abierto, disponible, y que se tiene que construir por completo. Este *inacabamiento* no es solamente físico, es también fisiológico, social y cultural. El *cachorro* de hombre requiere ser reconocido por los demás como existente para poder presentarse como sujeto; necesita el cuidado y el cariño de su entorno para desarrollarse, sentir el gusto por la vida, y adquirir

² La traducción es de Myriam Soto Lucas y Juan Antonio García Fraile.

³ Sobre el aprendizaje y las variaciones culturales en el ámbito de las emociones y de los sentimientos aconsejamos consultar: Le Breton, D. (1998). *Les Passions ordinaires. Anthropologie des émotions*. París: Armand Colin. En contraposición con el niño «social», planteamos en el primer capítulo la problemática de los denominados niños «salvajes».

los signos y símbolos que le dotan de medios para comprender el mundo y poder comunicarse con los demás. En el momento de su nacimiento, su horizonte es infinito, abierto a todas las solicitudes, mientras que las condiciones futuras de la vida del animal están esencialmente ya ahí, inscritas en su programa genético, prácticamente inmutables en el seno de su misma especie. En el hombre la educación sirve para sustituir las orientaciones genéticas que no asignan ningún comportamiento preestablecido. La naturaleza del hombre se realiza en la cultura que lo acoge. Al contrario que un animal, el recién nacido se encuentra frente a un inmenso campo de posibilidades: todas las condiciones humanas están virtualmente delante de sí ya que dispone de la misma constitución física que el hombre del neolítico. El niño de la edad de piedra sigue naciendo a cada instante en todos los sitios del mundo, posee la misma aptitud para entrar en el sistema de los sentidos y valores de la comunidad social que le acoge.

Debido a su inicial *prematuridad*, si el niño es abandonado a sus solas fuerzas en los primeros años de su existencia, una muerte cierta le espera. No dispone ni de los recursos, ni sobre todo de comprensión suficiente del mundo que le rodea para tener la posibilidad de defenderse de los animales o del ambiente adverso y asegurar su subsistencia. Durante esta larga dependencia biológica, la ausencia del otro desemboca en la muerte. Es por medio de las relaciones sociales, que el niño satisface poco a poco, como se produce el aprendizaje del hecho de vivir. Sin la mediación estructurada del otro, la capacidad de apropiación significativa del mundo por el hombre es impensable, su cuerpo se abre por sí solo a la inteligencia de los gestos o de las percepciones que le son necesarias.

La educación como iniciación al mundo

Al anclar al niño en una cultura determinada, la educación colma poco a poco ese universo de posibilidades en provecho de una relación particular con el mundo, en la cual el niño asimila los datos de un carácter y una historia propias. Es una apertura significativa al mundo. Los miembros de su entorno son los garantes de su futura inserción en la relación social. La educación tiene como fin proporcionarle las condiciones propicias para una interiorización de este orden simbólico que modela su lenguaje, sus pensamientos, sus actividades, sus gestos, la expresión de sus sentimientos, sus percepciones sensoriales etc., en función de la cultura corporal de su grupo.

En el seno de su comunidad familiar el niño adquiere los conocimientos, los modelos, los valores, los símbolos, en fin *las maneras de hacer, de pensar, y de sentir* propias del grupo en un momento dado de su historia. El proceso empieza en el nacimiento, continúa durante toda la vida y no conoce fin más que con la muerte. La pequeña infancia es el período más intenso para la socialización. Es el período en el que el ser humano tiene más cosas que aprender (lenguajes, roles, ritos, limpieza, gestos, técnicas corporales, expresión de los sentimientos, modelación de los sentidos, etc.), en el cual es totalmente maleable, abierto al aprendizaje. Integra en sí mismo los elementos de su cultura con una facilidad y una rapidez que nunca más va a volver a encontrar el resto de su vida.

La educación se difunde a lo largo de la vida cotidiana, con los actores más próximos. La familia es el primer mediador de los elementos culturales y sociales que constituyen la trama de la vida colectiva. Los miembros de la familia desempeñan distintos papeles educativos según las circunstancias sociales y culturales; el papel del padre, de la madre, de los abuelos, de los tíos, de otros miembros de la *fratria*, del vecindario, del colegio, es distinto de una sociedad a otra. Hoy también debemos contar con la televisión, los juegos de video o Internet. Es el aprendizaje de los *saber-hacer*, de los conocimientos, y de los *saber estar* con los demás. Una inmensa parte de la actividad educativa de los adultos se dirige a influir sobre los niños. Los cuidados prodigados, las marcas de ternura, las atenciones, las palabras pronunciadas ejercen un papel considerable en la construcción de la sensibilidad del niño. En el hombre todo es virtual, y sólo la relación con el otro, bajo la forma que sea, es mediadora de la entrada del niño en el mundo con el título de *partenaire* social por completo. Las modalidades de educación pueden realizarse suavemente o de una forma agresiva según los contextos culturales. A lo largo del proceso de maduración, el niño se apropia de diferentes registros culturales. Mezclado con la vida cotidiana, los lleva a cabo por su lado, haciéndose corregir por los adultos que le rodean, aprende a identificar la posición social de sus interlocutores y a comportarse ante ellos de una forma apropiada.

Una educación formal se ejerce sobre él de una manera deliberada, y a veces hasta directiva. Se le enseñan los modos de conducta que se juzgan indispensables en su paso por el mundo. El adulto toma entonces una actitud coercitiva. ¡«No hagas eso» «hazlo así» son las palabras simbólicas de este tipo de educación. El niño reacciona, se equivoca, se le «corrige», se le enseña como se debe hacer y por qué. La educación formal envía al sentimiento

íntimo la naturaleza de las cosas que deben ser respetadas. Aparece sobre todo si el niño comete una falta o duda ante la conducta que debe adoptar: aprendizaje de la limpieza, de la educación, del pudor, de las maneras en la mesa, etc. Por imitación e identificación inconsciente, a través de un bricolaje imaginario sobre lo que cree que debe hacer, el niño se apropia de comportamientos enraizados en la evidencia de su comunidad. Toda una serie de actividades y valores de una gran complejidad pasan de una generación a otra, sin que uno se dé cuenta de que se aprenden, se interiorizan. Esta educación más informal trata sobre comportamientos que escapan a la conciencia: proxemia, percepciones sensoriales, sexualidad etc.

De hecho esos tipos de aprendizaje se enmarañan en la existencia del niño⁴. El mismo es evidentemente activo en este proceso, no es un pedazo de cera virgen a punto de ser modelado, sino un actor que responde a las solicitudes de las que es objeto a lo largo de su historia, su sensibilidad, sus gustos, etc. La educación es un proceso múltiple en el que intervienen numerosos datos. Pero esta diversidad no es nunca aleatoria, está coordinada, forma un todo según un esquema organizado. Si las intervenciones son aparentemente heterogéneas, forman parte de un mismo entorno y acarrean una misma afirmación cultural, tienen la misma finalidad, la de edificar un hombre capaz de una triple integración: una integración personal, es decir, una capacidad de agrupar en uno mismo y de forma coherente las múltiples influencias del exterior; una integración social que permite al individuo participar activamente en la vida del grupo al que pertenece, reconocerle como suyo, y ser reconocido; una integración cultural que hace de él la expresión viva de una forma de vida, de pensamiento y de sentimiento propio de un sistema de sentidos y de valores. Los elementos simbólicos de la sociedad se convierten en partes integrantes de la personalidad. El individuo toma cuerpo en su cultura. El peso del control social, de los imperativos y de las exigencias del medio social, se siente poco. La contingencia de su condición es para él una prueba, no se imagina que pudiera haber nacido y crecido en otra parte. La fuente de su conformidad parece surgir de sí mismo. Si la educación es una suma considerable de respuestas, su oportunidad es también la de convertirse en un camino de preguntas dejando abierto el camino a seguir. El le da al niño la oportunidad de inventarse a sí mismo. No se le da el mundo por entero, también lo debe construir. La educación que recibe, ajusta al hombre a su medio haciéndole compartir con los otros una comunidad relativa de pensa-

⁴ Cfr. entre otros: Hall, E. T. (1994). *Le langage silencieux*. París: Seuil.

miento, de acciones, de valores, singular por su historia personal. De hecho esa es la experiencia de la escuela que transmite el saber cultural de una generación a otra apostando por que nada de lo que proviene de la cultura es extraño al hombre que nace y crece en ella, a condición de que disponga de interlocutores aptos para transmitirle esos datos.

Aprender la libertad por medio del cuerpo

Si las grandes líneas de su educación integran al niño en su medio, queda por preguntarse el color personal que él añade, el estilo de su presencia en el mundo. La relación entre el niño y sus interlocutores, y sobre todo con sus maestros (entendido en el sentido infantil de aquellos que encarnan una autoridad moral) se traduce por un gesto, una palabra, una invitación, una *nada* cuyas consecuencias alimentan a veces una vida entera. El maestro se impone a la inteligencia del alumno, le constriñe a aprender, lo vierte dentro de su molde o le acompaña, avanza con su mismo paso, le despierta al mundo respetando su sensibilidad y su ritmo, camina sobre el terreno del otro, sin jamás forzarle a despojarse de sí mismo. Conectando con el movimiento intelectual del niño, pone al día lo que el niño sabía sin darse cuenta. La prueba del saber (vuelto a ser) encontrado por el niño no es más que la habilidad del maestro que provee a su inteligencia de las mejores condiciones para su desarrollo.

Contrapongo de esta manera el maestro del sentido al maestro de la verdad. El primero concibe su tarea como la de una iniciación, la de la formación del hombre. Sabe que la singularidad de ese recorrido no se debe cristalizar en dogmas en los que las respuestas siguen un cuidadoso repertorio. Sabe que sólo el niño ostenta una respuesta y que debe recorrer a su ritmo el camino hacia ella. El maestro de la verdad es un maestro de pereza y sometimiento, no incita a la búsqueda y fuerza la inculcación de un sistema en el que las formas son intercambiables, ya que sólo importan las formas que transitan por él. El maestro del sentido enseña una verdad particular que el niño descubre en sí mismo, el maestro de la verdad enseña una vía única indiferente a la personalidad de los alumnos. La enseñanza del maestro del sentido trata de una relación con el mundo, sobre una actitud moral más que sobre una colección de verdades envueltas en un contenido inmutable. El fin no es la adquisición de una cantidad de saber, sino la indicación de un saber-estar: un saber ver, un saber escuchar, un saber degustar el mundo, etc., es decir una apertura al mun-

do del sentido y de los sentidos en los que el niño es el artesano⁵. Un ejemplo de maestro del sentido, que como tal se ignora, es el de Samuel Beckett, tal y como habla de él Charles Juliet. Uno de sus amigos le cuenta la visita del escritor a su casa de campo. Durante toda una tarde el uno y el otro hablan sobre los pájaros.

«En cuanto se fue Beckett todo había cambiado, él ya no reconocía su casa y el cielo, los árboles, las gentes tenían otro aspecto, (se excusa por no poder explicarlo mejor, reconoce que es algo indefinido, pero no hago ningún esfuerzo por comprender, ya que es lo que siento en presencia de Bram Van Velde)»⁶.

Las palabras de un maestro del sentido van más allá de las palabras, dan luz.

El conocimiento no es el regalo de un maestro a su alumno, sino el fruto de una elaboración mutua dónde el esfuerzo del educador tiene como objetivo crear en el niño la necesidad de lo que descubre. La lección ideal (u observación ideal) es dar al niño el presentimiento de una respuesta que él formula con la última palabra del maestro. La enseñanza es desvelar una nueva evidencia que da al niño una mayor latitud de pensamiento y de acción en el campo social y cultural. Como tal es una ubicación sobre vías sinuosas donde existen numerosos obstáculos: una situación familiar difícil, una condición demasiado modesta, una estigmatización, por ejemplo, pueden trabar el avance del niño y dejarlo petrificado en un costoso aprendizaje o pueden hacer ejercer su sensibilidad. Los esfuerzos del maestro pueden chocar contra una losa social demasiado pesada por sus magros medios.

El encuentro del alumno con el educador es también un encuentro del niño consigo mismo y del educador consigo mismo; es una prueba de verdad en el sentido de que siempre deja huella, aunque sólo fuera por el abandono de un educador que no cumple su tarea y desalienta al alumno en su aprendizaje. El maestro es el mediador del descubrimiento de sí mismo del niño, en su proyección hacia la sociedad, al igual que puede ser un obstáculo según la calidad de su presencia ante la clase o ante el alumno. El hecho pedagógico no es más que un elemento dentro de un contexto más global en el que se trata de formar al hombre en un medio social determinado. El objetivo del educador es contribuir al nacimiento de una personalidad, de ayudarla para apropiarse creati-

⁵ Desarrollo este tema en mi libro, *Du silence*. París: Métailié, p. 227 y ss.

⁶ Juliet, Ch. (1979). *Journal II, 1965-1968*. París: Hachette, p. 62.

vamente del mundo que le ha tocado en suerte. Toda pedagogía es por lo tanto una antropología, proporciona los elementos de un saber parcial, pero también prepara para la existencia futura. Agrandando la sensibilidad hacia el mundo. Aunque se trate de iniciarse a la lectura o a la pintura, a la música o a la danza, cualquier formación nueva contribuye a la formación personal de un alumno que es un germen de hombre o mujer y aprende más allá de una serie de técnicas. La persona del educador cuenta tanto como el contenido que transmite. Una contradicción en la forma de comportarse con respecto al niño y la naturaleza de su palabra neutraliza el mensaje explícito. Se aprende más a través de la forma de una enseñanza que de su contenido explícito. Si el educador es un guía, lo es como si fuera un compañero de ruta y no un hombre indiferente y dogmático. El impacto más fuerte es menos el del contenido manifiesto de un discurso que la calidad de la presencia que sostiene. «*Todo maestro, dice G. Gusdorf, no importa su especialidad, es primero un maestro de humanidad: tan pobre como sea su conciencia profesional, no lo es menos, que lo quiera o no, el testigo y el garante, para aquellos que le escuchan, de la mejor exigencia*»⁷. Incluso la tarea más humilde puede ofrecer al educador la oportunidad de dar respuesta al niño sobre el sentido de la vida. Entre las líneas de la lección prima una actitud, una mirada, y la influencia es a veces decisiva para lo mejor o lo peor. Cualquier situación de enseñanza, en el más amplio sentido de la palabra, en la cual el niño descubre un más allá de lo que él creía, desborda el instante y marca con hierro el resto de la existencia.

La educación no es más que una herramienta cuyas disposiciones antropológicas son poderosas, pero no vale más que lo que valen los educadores, está relacionada con la calidad de su presencia, la capacidad para suscitar confianza, su solidez radica en jugar el papel del relevo. El grado de apertura al mundo del niño está en función de quien les caracteriza a los dos. El mundo pierde su película de evidencia y deja el campo libre a una mirada, es decir, a una distancia crítica. El niño se abre al mundo del sentido y de las sensaciones, aprende con todo su cuerpo. Realiza el aprendizaje de la libertad, descubre su capacidad de crear los límites del mundo en el cual cree vivir lo más feliz posible. La condición del hombre sigue siendo el *inacabamiento*, una aptitud infinita de conectarse en cada momento al mundo. La más bella adquisición del niño no es la de almacenar conocimiento, sino la de no ignorar que el mundo jamás le será dado en su totalidad, y que no acabará nunca de aprender.

⁷ Gusdorf, G. (1963). *Porquoi des professeurs?* Paris: Payot, p. 45.